

Pensar, decir, hacer

Javier Jiménez Espriú

Al recibir la amable invitación a participar en esta mesa de recordación del maestro Javier Barros Sierra, con motivo del primer centenario de su natalicio, y hacerlo alrededor de ese libro importantísimo que guarda las conversaciones que, grabadora en mano, tuviera con él Gastón García Cantú sobre su gestión como rector de la Universidad Nacional y su presencia fundamental en los acontecimientos del 68, y recordando a aquel humilde personaje que decía de sus lecturas: “No hay príncipe que se trate tan bien: desayuno con Aristóteles, almuerzo con Cicerón, tomo el té con Helicón y ceno con Séneca”, me permití convocar a la tranquilidad de mi biblioteca, con el enorme respeto que guardo a su memoria, al maestro Barros Sierra y a Gastón García Cantú, para que en mi presencia, silenciosa, atenta y analítica, volvieran a hablar de aquellos momentos trascendentes.

Al releer el libro los oí hablar —porque cuando un lector recorre las páginas que escribieron los protagonistas de una obra, a quienes ha conocido personalmente, los escucha—, los oí hablar, repito, con la serenidad de su personalidad, con la sinceridad de sus verdades, con su decisión de dejar un testimonio válido a la posteridad sobre acontecimientos gravísimos y fundamentales de nuestra historia contemporánea. Sin afán laudatorio o justificativo, sin protagonismos apologéticos, con la parsimonia de su grandeza y con la tranquilidad de una conciencia sin mácula ninguna, reencarnaron ante mí sus pasados encuentros.

Sus conversaciones me permitieron confirmar, desde la atalaya de casi 50 años después, no sólo la claridad y la actualidad de los conceptos de don Javier, sus saberes y sus convicciones éticas, su actitud patriótica y su fe universitaria, su congruencia y su decisión, sino también su visión universal y su sensibilidad, su cultura, su temple y la sencillez y el valor y la firmeza de sus juicios. Hablaron de lo sucedido, pero analizaron sus consecuencias, hablaron del pasado y delinearon el futuro hipote-

cado, que es nuestro presente y que seguirá siendo nuestro porvenir; señalaron lo que iba a pasar y que hoy pasa y seguirá pasando si las cosas continúan sin cambio.

Escuché y vi al hombre que conocí hace 60 años, cuando llegó a la Dirección de la Escuela Nacional de Ingeniería en la que yo estudiaba, con su misma voz pausada, clara y firme, su rictus de cordialidad y su personalidad arrolladora.

Escuchaba en las respuestas que daba el rector a las preguntas y las reflexiones de García Cantú el rigor de su convicción y la sabiduría que dan los largos años de estudio, la experiencia de una vida profesional y de participación social plena y exitosa en la Universidad, en el sector privado y en el servicio público; su lealtad irrestricta a los más altos valores éticos y patrióticos; su congruencia en fin, entre su pensar, su decir y su hacer.

Era la misma persona que, como siempre, dictaba su cátedra de vida, ratificada como siempre también con el ejemplo de sus actos; la que señalaba sin ambages, ejerciendo a plenitud la libertad de expresión que siempre defendió, lo que juzgaba válido o impropio.

Hablaba de la Universidad, de la nación y del movimiento estudiantil, de los jóvenes y de las autoridades del gobierno, de las contradicciones evidentes, de las protestas y de la intolerancia, de la educación necesaria y de la corrupción imperante, de los caminos a seguir y los obstáculos a veces infranqueables, de la incompreensión y la ausencia de diálogo. Lo escuchaba, y a un tiempo recorría en mi pensamiento las etapas previas de su vida, que conocí: la Dirección de la Escuela Nacional de Ingeniería y sus cátedras, la Secretaría de Obras Públicas, el Instituto Mexicano del Petróleo que él fundó con una visión nacionalista que hoy tanta falta nos hace. Todos sus logros extraordinarios, obtenidos pensando siempre en el desarrollo de México y en la mejor formación de los mexicanos.

Aunque todo esto pasaba a un segundo plano durante la conversación con García Cantú, ante la impor-



Javier Barros Sierra al ser investido como rector

tancia de su función como rector. El universitario Barros Sierra, el ingeniero Barros Sierra, el maestro Barros Sierra, el director Barros Sierra, el secretario Barros Sierra, se fundían en una figura única extraordinaria, la del rector Barros Sierra. No en Barros Sierra “el rector del 68”, como algunos lo recuerdan, lo encapsulan, porque supo, sin duda, con su liderazgo inolvidable, dejar ejemplo de dignidad, valor, gallardía y sensibilidad, sino en la figura de Javier Barros Sierra el rector magnífico de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Qué lamentable, sí, que sucedieran las tragedias del 68, pero en la tragedia, qué afortunado para la Universidad y para México que en ese momento delicadísimo Javier Barros Sierra fuese el rector.

Reconociendo la excelencia de su actividad profesional toda, estoy persuadido de que es su actuación al frente de nuestra casa de estudios la síntesis de sus ideales y de sus principios, de su valer y de su valor, de su visión y de su inteligencia y estoy convencido de que de su paso por la rectoría quedan aún frutos que cosechar, experiencias que recoger y tesis útiles a la Universidad y a México.

Ahí están contenidas muchas de ellas, en las conversaciones con Gastón García Cantú. El libro que las conserva no es un relato de los acontecimientos de aquellos días aciagos; es un compendio de sabiduría, de lecciones de honestidad, de claridad, de nacionalismo, de respeto a la juventud, de compromiso, de lealtad. Es

un legado de un gran universitario para su Universidad, y de un gran ciudadano para su patria.

Este pequeño libro encierra multitud de propuestas que hay que liberar y hacer realidad en beneficio de los mexicanos.

La edición que ahora es accesible —las primeras se agotaron hace muchos años— incluye un primer capítulo que Gastón García Cantú agregó 25 años después de las conversaciones, que contiene una serie de reflexiones que, surgidas de las mismas y de los acontecimientos de esos cinco lustros desde aquellos momentos transcurridos, subrayan la importancia del pensamiento y la obra del rector Barros Sierra. Rescato sólo algunas de ellas en homenaje también a don Gastón, que tuvo la visión y la sensibilidad necesarias para lograr el espléndido documento que hoy tenemos y porque, ratificando la visión del rector, podemos, lamentablemente, suscribirlas casi 50 años después.

“En nuestro país —dice García Cantú—, ningún conflicto social que tienda a modificar los usos del control político ha sido resuelto, por considerarse un desafío al poder del Presidente de la República”.

“El poder no admite ser discutido, no se apoya en la democracia, así sea parcial y tentativa, sino en las organizaciones que instauran, cada seis años, el poder personal”.

En 68, la protesta universitaria devino en pugna entre dos concepciones políticas: la de la generación que

deseaba la libertad personal y social y la del autoritarismo que no admite ser discutido ni impugnado. Fue el encuentro de quienes aprendían los usos propios de la democracia en dos de sus formas, expresarse y reunirse, y el gobernante que apoya sus decisiones en la indiferente ignorancia de la mayoría y la aprobación cómplice de la minoría.

Fueron dos concepciones de la vida pública: la del derecho a disentir y la de la costumbre a obedecer.

En cierta ocasión —mayo de 1966, días después de ser nombrado rector—, le preguntaron a Javier Barros Sierra (recuerda García Cantú) en qué consistían los rumbos distintos que pretendía crear en la Universidad, a lo que él contestó:

[algunos] piensan que los estudiantes deben ser rigurosamente apolíticos y, en el extremo, yo creo que deben ser profundamente políticos en el buen sentido: tener conciencia cívica, un conocimiento histórico de los problemas nacionales y un conocimiento de la filosofía y la pragmática de nuestras revoluciones históricas (1810, 1857, 1910) y, sobre todo, conciencia de su ubicación en la sociedad y en el deber que les corresponde en el desarrollo económico y social del país. Todo lo que supone, necesariamente, una mentalidad política.

En otro momento del libro, don Gastón recuerda:

Barros Sierra señaló los extremos de la conducta habitual frente a los jóvenes: reprimirlos o corromperlos, anunciando, en momentos en que parecía referirse a una situación ajena a nosotros, que el camino para respetarlos estaba, únicamente, en el más difícil de educarlos. Cuando uno de esos extremos fue desatado con vesania en 1968, él defendió a los perseguidos. Fue un acto coherente con sus principios. No entrañó desafío alguno. [...]

Cerca de Barros Sierra se desprendía un contagio de valor y felicidad por la lucha.

No será posible recordarlo en otra actitud que la de la lucha, que lo levantó por sobre nuestra generación, como un espíritu mejor forjado.

En algunos países, la inconformidad se manifiesta en protestas colectivas como la estudiantil del 68; son actos previos de rupturas más radicales. Si no era explícito lo que los jóvenes deseaban para su país, sí lo era lo que les repugnaba: la dependencia de Estados Unidos, el fortalecimiento de la burguesía mexicana, el sometimiento de los trabajadores, el empobrecimiento de los campesinos, la estrechez de los salarios mínimos, la falta de esperanzas activas en su generación, la burocracia, las formas varias de injusticia y la prevaricación, la simulación y los intereses creados por una minoría, a costa de los de la nación.

Era clara su convicción de que la educación debe entenderse como un factor fundamental para el desarrollo



económico y social y de que no puede haber una reforma educativa que sea ajena a los objetivos nacionales en esos renglones.

Decía don Javier:

El aspecto de la libertad de expresión, la libertad de pensamiento que campea en nuestras universidades, en especial en la Nacional, ha sido siempre visto con profunda desconfianza en el sector gubernamental.

Parecen ignorar que las universidades en este sentido representan, en una sociedad llena de injusticias, una de las últimas y a veces la última válvula de escape para esas diversas expresiones de descontento, de insatisfacción, de rebeldía, frente a la injusticia del llamado ahora, mediante el término en boga, *el establecimiento*.

A pregunta del maestro García Cantú sobre si no advertía una contradicción o, algo más, un absurdo, entre las ideas propaladas por el entonces regente de la ciudad de que en nuestra casa de estudios se había gestado, auspiciado o protegido un movimiento de subversión contra las instituciones del país, y el hecho de que en la División de Estudios Superiores de Ingeniería se estuvieran haciendo, por ese tiempo estudios para la construcción del Metro, Barros Sierra contestó: “Por supuesto que hubo contradicciones. Si nosotros les exigimos a los funcionarios públicos inteligencia, hones-



En Rectoría con el retrato de Justo Sierra al fondo

tividad y a veces somos tan exagerados como para demandarles cultura, ¿quiere usted que llevemos las cosas hasta el extremo, verdaderamente utópico de pedirles congruencia? Creo que esto sería demasiado”.

“La ironía —decía don Gastón— fue para él una forma de leve sanción”.

En 1998, en un seminario que organizó la Fundación Barros Sierra sobre los acontecimientos del 68, García Cantú nos relató la expresión del rector Barros Sierra, durante el mismo movimiento, y que no se recogió en las conversaciones: “hoy empieza la democracia en México”.

Escucho un último momento de su diálogo:

Creo —le dijo García Cantú— que los jóvenes reconocieron en la gestión de usted como rector la semejanza entre lo que decía y lo que hacía. A nadie se persiguió por la forma de manifestar sus ideas, aun por desaforadas y contrarias que fueran no solamente a sus actos de rector, sino a su persona misma. Además, llevó usted todo esto a los límites más razonables, pero más enérgicos, durante todo el conflicto del 68. ¿Podría decirse que entre su grito de ¡Viva la discrepancia! y su enunciado en la antigua Escuela de Minería, respecto de lo que cabía hacer con los jóvenes de México, están los límites teóricos en los cuales usted cifró su conducta como rector?

Respondió don Javier:

Creo que está usted muy cerca de lo cierto y no sobraría recordar que mi tesis, en aquella ceremonia de la Facul-

tad de Ingeniería, a fines del año de 1967, significativamente era que de las tres actitudes o conductas posibles frente a los jóvenes: la de la corrupción, la de la represión y la de la educación, el camino más arduo y más difícil era el último, pero el único que las autoridades universitarias y la institución como un todo podían seguir; desgraciadamente, al paso de unos meses se vio que, en las esferas gubernamentales, se pensaba de modo totalmente diferente.

Quienes por su edad no tuvieron experiencia excepcional del 68 y que sin embargo gritan todos los años “el 2 de octubre no se olvida”, sin saber exactamente lo que esto significa, pero han vivido en cambio tiempos de otras crisis y ejemplos de mediocres liderazgos, podrán en la lectura de estas conversaciones, un libro pleno de sabiduría, de reflexiones, de experiencias múltiples, como ya dije, darse cuenta de que esta Patria, que sufre de injusticias sin límite, ha tenido sin embargo en momentos de luz —lo señalo con sinceridad y esperanza— legiones de jóvenes que luchan por sus ideales de libertad y hombres como Javier Barros Sierra, guía moral indiscutible de aquel movimiento, que eran ciertamente de otra estatura.

Permítaseme ahora una acotación personal, al señalar que me estimula enormemente que la conmemoración de este primer centenario de su natalicio se dé en este Palacio de Minería, cuna, sede y símbolo de la ingeniería mexicana, lugar en el que el maestro Barros Sierra cursara sus estudios profesionales, sitio en donde pronunciara algunos de sus más importantes discursos

como rector y que esta recordación coincida con la celebración de la XXXVI Feria Internacional del Libro, que es ciertamente, herencia del rector Barros Sierra.

Lo explico: fui, como antes dije, alumno de la Escuela Nacional de Ingenieros cuando él fue director, y me convertí no en su alumno sino en su discípulo. Recibí de él las primeras lecciones de política universitaria cuando fundamos la Sociedad Cultural de la Escuela y cuando me desempeñé como delegado de la misma ante la Federación Estudiantil Universitaria.

Cuando él fue rector de nuestra casa, yo trabajaba en el Departamento de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, del que fui jefe durante su gestión, incluido el periodo del movimiento del 68 y participé activamente en la reforma de los planes de estudio que él abanderó.

El rector Barros Sierra conocía como hombre culto el valor de la cultura y buscaba el nuevo paradigma del estudiante universitario resolviendo la disyuntiva de las ciencias o las humanidades, ya en desigual competencia por la preminencia del pragmatismo y el *eficientismo* económico.

Barros Sierra apuntaba en su rectorado la alternativa viable, apoyó la creación y las manifestaciones artísticas y culturales y las disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales con clara convicción, y promovió la

inclusión de materias humanísticas en las carreras técnicas, no como solución sino como camino para la formación moderna de los profesionales y propició la convivencia democrática.

Convocó —y aquí empleo expresiones tanto personales como de otro discípulo de don Javier, Antonio Alonso—, convocó, repito, a educar en la libertad y para la libertad; para la duda y la rebeldía; para crear y para imaginar; para la convivencia, para la discrepancia y para la razón; para buscar la equidad y disminuir las diferencias; para sobrevivir, para vivir y en algunos casos para revivir; para hacerlo en la globalidad y en la mexicanidad; en la universalidad y en la soberanía (que no es concepto caduco ni borroso), en la identidad individual y colectiva, en la nacionalidad; para ser hombre del planeta sin dejar de ser mexicano; para politizar; para la verdad, la crítica y la tolerancia; para saber y para saber ser; para aprehender y aprender de manera permanente.

De esa enseñanza surgen, entre otras cosas, durante la gestión que me encomendara la Junta de Gobierno al frente de la Facultad de Ingeniería, la fundación de esta Feria Internacional del Libro, los murales de Federico Silva que arropan el Auditorio Javier Barros Sierra de la facultad y la Academia de Música del Palacio de Minería y su Orquesta Sinfónica; las letras, las artes plás-



Con Lázaro Cárdenas

ticas y la música, elementos en la formación de los ingenieros, ropajes de los que no se deben desprender para alcanzar la excelencia profesional. Ambas son fruto de lo que sembró el rector Barros Sierra.

La función y la misión de la Universidad eran para don Javier complejas pero claras; difíciles pero viables, para lo que señalaba como condición fundamental, indudable, la reafirmación cotidiana de nuestra autonomía, no sólo como norma legalmente vigente sino como derecho en ejercicio pleno, auténtico y cabal, porque sin libertad, que es la consecuencia primera de la autonomía, no resultan factibles ni la función ni la misión de la Universidad.

Cómo hacen falta hombres como él en momentos como los que vivimos, en que el mundo se encuentra trastornado por la violencia, la intolerancia, los dogmas y los fundamentalismos, que obligan moralmente a las mujeres y los hombres de buena voluntad a hermanarnos en la angustiada identidad del *Je suis Charlie*, y cuando vivimos un México convulso, asolado por crímenes indescriptibles, por la corrupción, la impunidad y la ineptitud; por el cinismo, la connivencia y la insensibilidad; un México que hoy sintetiza su estado de ánimo con un grito moral de *¡Todos somos Ayotzinapa!* y un indignado *¡Ya me cansé!*, cuando son los ejemplos de honestidad —en el más amplio espectro de su acepción— como el de Javier Barros Sierra los que deben imponerse como paradigma del mexicano.

Hace algunos años asistí a una ceremonia en el Colegio Nacional, en la que se celebraban los cien años

de vida de don Andrés Henestrosa. Él nos señaló, con el fino humorismo que lo caracterizaba, que, como al leer sus escritos se había dado cuenta de que no lo iban a immortalizar, había decidido ser inmortal por naturaleza.

Lo traigo a cuento, porque al celebrar el centenario del natalicio de don Javier Barros Sierra, sin su presencia física, pues lamentablemente se ausentó en forma prematura, revisando su obra y leyendo sus conversaciones con García Cantú, podemos estar seguros de su inmortalidad entre los justos.

Termino mi homenaje al rector Barros Sierra y celebro el feliz acontecimiento que se diera hoy hace cien años, leyendo la primera página del libro de las conversaciones:

Lo que más profundamente molesta a los enemigos de la Universidad es el ejercicio de las libertades democráticas de reunión, de pensamiento y de expresión dentro de nuestra comunidad.

Ciertamente, la Universidad aún no ha dado al pueblo todo lo que debe darle pero su marcha es ascendente y eso no sólo se dice sino que se comprueba diariamente.

¡Viva la discrepancia porque es el espíritu de la Universidad! ¡Viva la discrepancia porque es lo mejor para servir! **U**

Los artículos anteriores fueron leídos en el homenaje a Javier Barros Sierra que, con motivo de su centenario, se realizó en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería el pasado 25 de febrero. Agradecemos a Cristina Barros Valero por su valiosa ayuda para la edición de estos textos.

